

¿CÓMO CRECE UN CRISTIANO?

ESTA ES UNA BUENA PREGUNTA, porque reconoce lo que es obvio de cualquier manera: un creyente nuevo no es un producto terminado. Convertirse en cristiano es nacer de nuevo (lo cual te convierte espiritualmente en un bebé), ser una nueva criatura en Cristo (un ser nuevo con mucho que aprender), para comenzar a vivir de nuevo, con un largo camino que recorrer. Estás indudablemente avergonzado de que no conoces más; tal vez puedas tener temor de hablar en clase porque no quieres poner al descubierto tu ignorancia. Si has aceptado a Cristo, probablemente te sientas tímido al admitirlo, porque no estás exactamente seguro de cómo debes actuar como miembro de la iglesia.

Si así es como te sientes, ¡qué bien! Eso significa que estás tomando seriamente tu fe en Cristo. Eres como los primeros cristianos, aquellos descritos en Hechos 2:41-47. Estas personas creían en Cristo, eran bautizadas en él y formaron la primera iglesia. Pero tampoco sabían mucho. Conocían suficiente para hacer lo que Pedro les había instruido, pero eso era todo. Reconociendo su necesidad, inmediatamente determinaron crecer. Lo que hicieron lo sabemos por el verso 42: «Y perseveraban en la doctrina de los apóstoles, en la comunión unos con otros, en el partimiento del pan y en las oraciones». Veamos cada uno de estos asuntos.

La enseñanza de los apóstoles

Había muchas cosas que los nuevos seguidores de Jesús nece-

sitaban conocer acerca de él. ¿Cuál era la prueba bíblica de que en verdad él era el Mesías prometido en el Antiguo Testamento? ¿Cuáles eran sus enseñanzas más importantes? ¿En realidad hacía milagros, y si así era, por qué? ¿Qué esperaba que hicieran sus discípulos? ¿Cuál era su relación con Dios el Padre? Estas y otras innumerables preguntas clamaban por una respuesta. Sólo había una fuente donde encontrarla: los apóstoles, los más allegados a Jesús. A ellos se había dedicado Jesús, enseñándoles todo lo que el Padre le había enviado revelar. Ahora era su turno de enseñar a otros.

Desde el principio, aquellos que creían en Cristo se juntaron en pequeños y grandes grupos para aprender todo lo que los apóstoles pudieran enseñarles acerca de Jesús. Las Escrituras en aquellos días eran los libros del Antiguo Testamento; el Nuevo Testamento todavía no había sido escrito. Los apóstoles, que fueron testigos oculares de la vida, muerte y resurrección de Jesús, podían contarles muchos eventos e historias fascinantes de la vida de Jesús; también podían enseñarles lo que el Antiguo Testamento significaba a la luz de la venida del Mesías. Los nuevos creyentes necesitaban oír todo lo que los apóstoles pudieran enseñar.

Y nosotros también. Por eso es que tenemos clases de Biblia para adultos así como para niños. Nosotros los adultos también necesitamos aprender. Tenemos algo de ventaja sobre los primeros cristianos, ya que ahora tenemos las enseñanzas de los apóstoles juntas y encuadradas en un sólo volumen, el Nuevo Testamento. Por tanto, podemos estudiar convenientemente, en sermones y clases, el ámbito de las enseñanzas y el ministerio de Jesús, la naturaleza de la primera iglesia y los principios de vida para el caminar del cristiano actual.

Quiero decir algo más. Muchos cristianos dedican su vida a estudiar la Biblia. Desafortunadamente, permanecen como estudiantes y nunca se gradúan a fin de asumir las responsabilidades de enseñar. Sin embargo, aún así, sabemos que el maestro aprende mucho más que el alumno. Así que déjame animarte para mirar hacia el día en que seas el mejor estudiante

de las enseñanzas apostólicas que puedas llegar a ser; el día en que seas llamado maestro. Sea que enseñes a adultos o a niños del tercer grado de educación primaria, encontrarás que tu vida crecerá ricamente al dedicarte a guiar a otros en el estudio de la doctrina de los apóstoles.

Compañerismo

El compañerismo empieza con la asistencia, con el solo hecho de estar juntos. Básicamente, significa compartir. La vida cristiana es una vida compartida. Involucra cuidado mutuo y ayuda. Hebreos 10:25 nos exhorta a no dejar de reunirnos, porque necesitamos animarnos unos a otros.

Ese es un buen consejo en nuestro siglo. Los sociólogos nunca se cansan de describir los peligrosos efectos de la actual sociedad urbana, altamente industrializada y cambiante. La gente está solitaria, perdida entre las multitudes aceleradas de personas inadvertidas. Se sienten anónimas; nadie conoce sus nombres. Están cansados de ser un número más, cansados de pelear con computadoras impersonales, cansados de lo que les recuerda su carencia de significado. Quieren ser alguien; desean amar y ser amados. Anhelan compañerismo.

Desde el comienzo, la iglesia ha enfatizado el compañerismo. Lo que importa verdaderamente, en la iglesia sucede cuando los miembros se reúnen y ríen, escuchan, oran, estudian y simplemente gozan la presencia uno del otro.

Algunas cosas realizadas por la iglesia no tienen otro motivo de llevarse a cabo sino el que los miembros desean estar juntos. ¡Esa es toda la razón que se necesita! No hay nada solitario alrededor de la vida cristiana. Realmente no puedes ser un cristiano practicante solitario.

Necesitas el compañerismo de otros cristianos

El apóstol Pablo dice que todo el propósito de sus escritos es que «lo que hemos visto y oído, eso os anunciamos, para que también vosotros tengáis comunión con nosotros; y nuestra comunión verdaderamente es con el Padre, y con su Hijo Jesu-

cristo. Estas cosas os escribimos, para que vuestro gozo sea cumplido» (I Juan 1:3, 4). Es en tal compañerismo que el gozo alcanza su plenitud. No cabe duda del porqué los cristianos siempre han tomado en serio compartir el uno con el otro.

El partimiento del pan

Al principio puede parecer extraño incluir «el partimiento del pan» como una de las formas en que crece un cristiano. Pero los primeros cristianos creyeron que era tan importante que en aquellos tiempos se reunían, diariamente, con este propósito en casa de los miembros y, más tarde, no menos de una vez por semana. «El partimiento del pan» tenía dos significados para ellos. En primer lugar, se refería a sus alimentos comunes. Semejaban nuestra moderna comida de «traje», donde cada familia trae algo para compartir con los demás. Después de concluir con la comida, era observado el momento especial del «partimiento del pan», en memoria de la última Cena del Señor, una barra de pan era partida y distribuida junto con el jugo del fruto de la vid y con oraciones especiales.

Años más tarde estas dos prácticas fueron separadas, una (la fiesta de amor) llegando a ser menos prominente en la vida de la iglesia, pero la otra (la comunión) permaneciendo de manera central hasta el día de hoy en la adoración de la iglesia. La comunión está a la par con el bautismo como uno de los dos actos por medio de los cuales los cristianos se unen con Cristo y permanecen en comunión con él. La Cena del Señor, por tanto, es una remembranza constante de compañerismo con Cristo; también representa la unidad de todos los cristianos en el cuerpo de Cristo, cuando se reúnen alrededor de una mesa y toman parte del pan y el jugo de uva.

Las oraciones

Los primeros cristianos no necesitaban estar convencidos del valor de la oración. Ellos ya habían creído en Dios y estaban acostumbrados a orar regularmente, aún instintivamente. Puede ser que no te hayan enseñado a decir oraciones regularmente, pero

sin duda alguna vez te has encontrado hablando con Dios en términos breves y sencillos. Tal vez, ni siquiera le has llamado oración a eso, sin embargo, es eso precisamente. Esa clase de oración es «el sincero deseo del alma, indecible o expresado».

Hacer oración es, por lo tanto, un instinto natural. Todo lo que necesitas hacer ahora es ser más consciente en tu vida de oración, apartando tiempo específico para hablar con Dios y meditar en su Palabra. Como añadidura a este tiempo de oración personal, desearás ser fiel con tu participación en las oraciones de la iglesia, en los cultos y estudios bíblicos. Hechos 2:46 dice que los primeros cristianos continuaban yendo al templo en Jerusalén para orar, así como oraban y estudiaban en las casas.

Por supuesto, una cosa es saber que debemos orar, y otra muy diferente saber cómo hacerlo. Jesús nos da varias sugerencias útiles destinadas a nuestra vida práctica de oración. En Mateo 6:7-15 nos advierte contra la hipocresía, o sea, practicar nuestra piedad a fin de atraer la atención por nuestra excelencia religiosa. El también alivia la ansiedad que muchas personas tienen debido a que no pueden usar palabras rebuscadas o hacer oraciones largas. El enseña que no son necesarias. De hecho, pueden ser señales de hipocresía.

Aquí hay otras sugerencias:

1. Oremos en el nombre de Jesús.

«Y todo lo que pidiéreis al Padre en mi nombre, lo haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo» (Juan 14:13, 14).

2. Oremos en armonía con las enseñanzas de Jesús.

«Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pedid todo lo que queréis, y os será hecho» (Juan 15:7).

3. Pidamos en armonía con la voluntad de Dios.

«Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre. Venga tu reino. Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra» (Mateo 6:9, 10).

4. Pidamos en armonía con otros cristianos.

«Otra vez os digo, que si dos de vosotros se pusieren de acuerdo en la tierra acerca de cualquiera cosa que pidieren, les será hecho por mi Padre que está en los cielos. Porque

donde están dos o tres congregados en mi Nombre, allí estoy yo en medio de ellos» (Mateo 18:19, 20).

5. Pidamos en honestidad.

«Pedís; y no recibís, porque pedís mal, para gastar en vuestros deleites. ¡Oh almas adúlteras! ¿No sabéis que la amistad con el mundo es enemistad contra Dios?» (Santiago 4:3, 4).

Lo que realmente importa en nuestras oraciones no es si nos arrodillamos o permanecemos de pie, o si tenemos un corto o gran vocabulario. Después de todo, el Espíritu Santo nos ayuda a orar cuando no podemos poner nuestros pensamientos en palabras (Romanos 8:26). Lo que importa, como lo muestra el versículo anterior, es si somos sinceros o no, en nuestra relación con Cristo.

Para nuevos o viejos cristianos, es muy útil apartar un tiempo especial, diariamente, leyendo la Biblia y orando. Cuando así lo hacemos, encontramos que nuestras oraciones automáticamente comienzan a tener semejanza con la oración del Padre Nuestro. Oraremos a él, desearemos hacer su voluntad, pediremos por las necesidades diarias. Algo más, nos volveremos agudamente conscientes de nuestros pecados y entonces pediremos perdón; también nos volveremos conscientes de nuestras actitudes hacia otros y nuestra necesidad de perdonarlos. Además, pediremos ayuda para resistir lo malo.

Más que nada, daremos gracias a Dios por su bondad hacia nosotros.

Y mucho más

Los versículos que siguen a Hechos 2:42 demuestran que los nuevos creyentes habían adoptado un nuevo estilo de vida. Vivían para Dios y el uno para el otro. Compartían su riqueza material, miraban que nadie estuviera en necesidad, fueron llenos con una nueva alegría y unidad de espíritu (véase Hechos 4:32). Muy pronto muchos de ellos trajeron a sus amigos y familias al Señor, enseñándoles cómo ser discípulos de Jesús. Sólo continuaban creciendo. Así puedes hacerlo tú.